

Reflexiones sobre la necesidad de fomentar la lectura en la UNAM

ANA ELSA PÉREZ MARTÍNEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

Sobre la importancia de la lectura, sobre el valor de leer, y sobre la pertinencia de formar lectores, parece que no hubiera mayor complicación. Hoy circulamos “naturalmente” por este amplio terreno del llamado “fomento a la lectura” y lo reconocemos como un *obvio* asunto cultural que hay que atender. En casi cualquier reunión educativa y en las discusiones del quehacer cultural, el fomento a la lectura está presente como un eje por abordar. Incluso, advertimos cómodamente esa frontera –*obvia también*– entre los libros para niños y jóvenes, y los libros para adultos. Los grandes premios a editores, autores e ilustradores incluyen ahora esa categoría literaria, que parece confirmar su existencia. Asistimos a las ferias de literatura infantil y juvenil, conocemos las bibliotecas “juveniles” e incluso aplaudimos a las asociaciones y programas que promueven la lectura en estos grupos; los niños y los jóvenes.

Sin embargo resulta que tales “certezas” carecen de un espacio académico en donde se estudien estas definiciones y revisiones, y se aporte algo a la comprensión de lo que im-

plica este “objeto de estudio”. Es necesario pues, hacer una revisión de lo que hasta ahora ha implicado “ser lector”, del lugar mitificado que ha tomado el libro y de lo que es la propia idea de la lectura, la intención y el propósito de lo que se pretende cuando hablamos de “fomentar la lectura”; pero quizá la definición más vaga es la que se refiere, tímidamente, a la “literatura juvenil”.

Hoy ya no podemos seguir *circulando* por estos terrenos de la formación de lectores y de la literatura juvenil, sin identificar las preguntas fundamentales. Aunque parezca obvio, vale la pena cuestionar los supuestos éticos, estéticos y sociales de la lectura en los jóvenes.

Otorgarle a la lectura un punto de encuentro y reconstrucción en el tejido social lleva implícita una serie de valores y atribuciones que es necesario replantear, particularmente si consideramos que los nuevos modos de leer son, con frecuencia, subestimados. Del mismo modo, vale la pena volver a pensar por qué la lectura se ha concebido como un derecho universal que es objeto del interés público y de la mayoría de los proyectos educativos y culturales. Es necesario revisar las certezas que le atribuyen a la lectura un punto de partida para la democracia y la ciudadanía plena y que incluso tiene que ver hasta con las más íntimas prerrogativas que se le han concedido a la lectura, como el goce y como el crecimiento personal que privilegia al libro en relación con el resto de las artes.

Así pues, creo que es fundamental preguntarnos cuáles son los hechos materiales, estéticos y discursivos que implica esta literatura *juvenil* y cuáles sus códigos expresivos, textuales y visuales.

Una aproximación académica de la *literatura juvenil* tendría que presentarse como un problema, como una cuestión que implica una conceptualización que vale la pena replantearse.

Primero, si es posible la creación de un universo conceptual y material propio de “los jóvenes”, y de una literatura que opere particularmente con ellos y hacia ellos. Y, segundo si esa literatura juvenil se comprende en un contexto en el que el libro, el lector y la lectura están en una etapa de redefinición.

Y finalmente sería también prudente entonces preguntarnos por qué y para qué quisiéramos fomentar la lectura en los jóvenes.

Con la sola intención de hacer una aproximación al título del Seminario “Leer en la Universidad”, esta ponencia explora algunas de estas preguntas ineludibles a partir de los procesos históricos de construcción del libro juvenil y del joven lector, que he dividido en cuatro secciones para su desarrollo:

EL SUJETO: DE LA COMPRESIÓN DE “JÓVENES” HACIA LO JUVENIL

Por lo general, los estudios de la historia de la juventud encuentran un punto de partida en los años sesenta y en las décadas posteriores, cuando una serie de condiciones sociales y políticas fueron el escenario emergente de “el joven”, como ese grupo subversivo, moderno, que irrumpía y se distinguía siguiendo las modificaciones sociales y los hábitos laborales y morales.

Sucesores del infante, los jóvenes parecen concebirse hoy como receptores de los esquemas educativos y familiares todavía, pero atribuyéndoles ciertos valores a este grupo social, como la rebeldía, la indisciplina, la fuerza, el riesgo. A lo largo de las últimas décadas, se ha conformado una compleja red discursiva en torno a la juventud, especialmente desde la sociología, y también parece haberse hecho una revaloración material y espacial de *lo juvenil*; es decir, de los objetos y de los lugares de los jóvenes. Y en este proceso de materializa-

ción, los jóvenes han sido incluidos en el mundo del libro, ese complejo artefacto valorado, o quizá sobrevaluado por sus fabricadas capacidades formativas.

Simultáneamente con la construcción de la juventud, se ha perfilado un proyecto educativo que prácticamente monopolizó el discurso del universo infantil, y quizá también del juvenil. Pero esta conformación de la cultura infantil y juvenil se ocupó también de la comprometida tarea de fundar una literatura que le fuera propia; esto es, no sólo se proyectó la práctica alfabetizadora, sino la posibilidad de afinar un discurso literario *apropiado* para los niños y los jóvenes: lo que deberían leer y lo que les gustaría leer, Además de la certeza de poder crear el “beneficio” de la lectura en ellos, se asegura que se les darán las lecturas que les son *propias*. Así, dentro del marco de la cultura escrita, la escuela se asimila como el taller de confección de buenos ciudadanos civilizados, a través de ciertos útiles instrumentos como el libro, la biblioteca y un discurso literario juvenil.

EL OBJETO: LA CONSTRUCCIÓN DE LA LITERATURA JUVENIL

Es difícil identificar la puesta en marcha del proceso inventivo de los *jóvenes lectores* y de sus libros, pero sí podemos identificar que el *joven lector* se fue dibujando como un claro retrato de un tipo cultural particular, comprendido no sólo por su edad y su condición social, sino por su *condición lectora*.

Como todos sabemos, la denominada *literatura juvenil* no comenzó con la producción de libros para niños, sino con la adecuación de la narrativa oral. La gradual conformación de la literatura juvenil fue construyéndose en función de modelos sobre el niño receptor y del modelo del autor que dialoga

con él. Las intenciones han variado y persistido, la de educar en un momento, la de salvaguardar la inocencia en otra, pero también la de entretener, divertir, o de incluso cuestionar y controvertir.

EL DISCURSO Y SUS FORMAS: LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA LITERATURA JUVENIL

Son muy pocos los estudios sobre literatura juvenil, como son muy pocos los programas de formación de lectores que le dan seguimiento a los proyectos de los niños y de los jóvenes.

Por su parte, la historia desde la literatura, se ha interesado en el texto, las corrientes, los usos y los géneros literarios con respecto a lo juvenil. Son prácticamente las propias editoriales las que se han ocupado de delinear los contenidos que amplían o reducen la temática de la literatura juvenil de lo infantil y de la literatura para adultos, las transformaciones de lo fantástico, de lo temible, de lo deseable.

Pero sin duda, la gran parte de los estudios de lo juvenil y de la literatura juvenil, de los modos de leer entre los jóvenes –al menos en México– provienen de los ojos y mente de los educadores, precisamente como producto de su propia invención del joven como *alumno*. Desde esa perspectiva parecen haberse buscado en la historia de la literatura los efectos, alcances y teorías pedagógicas, así como la utilidad de la literatura para la educación integral.

HACIA UN PROGRAMA DEL JOVEN LECTOR

Tal vez no resulte evidente, pero la discusión y los intentos por definir la lectura no han estado presentes en las universi-

dades. No son los programas de licenciatura, ni sus tesis, las que se encargan de responder las preguntas planteadas en la introducción de este trabajo.

Contra ciertos sobrentendidos imprudentes habrá que aceptar que no hay una metodología propia del estudioso del fenómeno lector entre los jóvenes, de lo que éstos ven, necesitan o buscan en los libros, de sus formas de leer y de escribir.

Quizá sea posible poner en el centro las posibilidades culturales del joven como lector. Acercarnos y volver a la arqueología básica, excavar en los espacios donde se colocan los libros para encontrar también al lector, y analizar con microscopio su situación particular en sus escenarios, en sus posibilidades culturales de existencia.

Sería muy útil comenzar por reconocerlo. La idea del joven infantil se problematizó como cuestión histórica hace apenas unas décadas. Paul Hazard¹ en un inicio, luego Peter Burke desde la historia cultural, Roger Chartier desde la historia de la lectura y los lectores y Robert Darnton desde la construcción cultural de la narrativa, propusieron estudiar la lectura *como una actividad de vida*. “Lectura y vida corren paralelas: leer y vivir, crear textos, dar sentido a la vida [...]”² Su propuesta es desarrollar una historia y una teoría con base en las preguntas y las respuestas del lector. Posible, pero no fácil. Creo que es importante, pues, excavar ahí donde la lectura ha implicado una función vital para los jóvenes.

Resultaría valioso también hacer presentes las ausencias en los programas de fomento a la lectura que se han enfocado básicamente en lo infantil, contando con cierto apoyo en

1 Paul Hazard, *Los libros, los niños y los hombres*, Barcelona, Juventud, La versión en castellano es de 1950.

2 Robert Darnton, “Historia de la lectura”, en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, pp.179–180.

el sistema escolar y familiar. Pero en el caso de los jóvenes el asunto se centra en el lector solamente, casi sin aliado alguno. Y más aún, cuando se habla de los universitarios, parecería fomentarse la lectura que ya no es prioridad de la institución, pues por una parte se da por hecho que los jóvenes universitarios son también lectores, y por otra, parece que la responsabilidad es ahora, solamente del joven. Maestros y programas académicos se dedican a ver la profesionalización del joven haciendo caso omiso de la continuidad y de los programas de promoción a la lectura. Pero además la innegable función del *mediador*, presente a lo largo de la educación en los niños, se esfuma durante la educación media y media superior.

Se asume que no es labor de nadie leer para los jóvenes, guiarlos en las lecturas, En este sentido, creo que hay un valioso terreno a explorar que parte desde la mediación de la lectura juvenil y desde la responsabilidad, todavía, del maestro, de la instancia educativa y de los programas propiamente universitarios. De ahí que sea necesario un programa universitario de fomento a la lectura, adecuado a las nuevas formas de leer, de ser lector, de escribir y que acerque a la cultura escrita y visual. En ese sentido, otra más de las temáticas fundamentales que tendría que incluir un programa de promoción lectora es la particularidad de las *ilustraciones* en su calidad narrativa y estética paralela a la textual. Casi desde un inicio, las versiones infantiles y juveniles de la literatura se han publicado con los esfuerzos, los goces y los discursos independientes de la imagen. Pero hoy día, en el marco de las formas digitales de la lectura, es obligado incorporar la intertextualidad de la imagen y lo escrito, y las posibilidades discursivas y estéticas de las ilustraciones a los ojos de alguien que mira desde su juvenil y particular “punto de vista”. La apreciación y experiencia estética del joven, así como su re-

cepción de imágenes es terreno que sigue siendo muy poco comprendido por los promotores de lectura.

Finalmente es fundamental reconocer que el móvil de un programa que está en búsqueda del *lector* debería responder no a una búsqueda educativa, sino a una realidad humana, donde los lectores y los personajes son uno, y donde el autor, no importa de qué época ni de qué género, nos mira desde el espejo, desde un bullicioso hervor que busca construir un lector *eterno*.

Promover la lectura entre los jóvenes, tiene así un gozo especial, pues con el pretexto de estar “trabajando” vivimos y releemos una y mil veces nuestras vidas. El maestro, la instancia educativa, las familias, todavía deben comprometerse en la formación lectora de los estudiantes de bachillerato y la licenciatura. Y la Universidad debe comprometerse con la literatura juvenil, estudiarla, comprenderla, promoverla, difundirla. En la adolescencia y la juventud, la lectura se convierte en rebeldía. “Se lee contra los padres, que son unos incapaces de entendernos, se lee contra la escuela y los profesores que son un presidio y unos carceleros [...] se lee contra el mundo que tienen un lugar para cada cosa menos para mí.”³

Es preciso pues, que las universidades se miren a sí mismas como corresponsables de todo proyecto de formación de lectores. Se debe, se puede, pero sobre todo se ganaría mucho con ello.

3 María Teresa Andruetto, *La lectura, otra revolución*, México, p. 192.